



“La más sagrada de las creaturas salvajes”

p. 145-165

El bisonte de América

Historia, polémica y leyenda

María del Carmen Vázquez Mantecón

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2013

224 p.

Mapas y figuras

(Serie Historia General 28)

ISBN 978-607-02-4755-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/602/bisonte-america.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

de Dios. Es posible que los autores que cité en el párrafo anterior así lo creyeran, aunque fue fray Isidro el único que se atrevió a decirlo, en un valioso episodio que confirma cómo, al son del Diablo, los europeos fueron justificando, a lo largo de la vida colonial y de distintas maneras, su derecho a la conquista de esas tierras, de esos magníficos animales y de esas gentes.

7. LA MÁS SAGRADA DE LAS CREATURAS SALVAJES

La caza y sus rituales

Entre las naciones indias la cacería de bisontes y sus ceremonias asociadas fueron descritas desde el mismo siglo XVI. Con respecto a la caza, todos han coincidido en calificar a los indios como excelentes y certeros flechadores, si bien sus interpretaciones sobre sus rituales a propósito casi nunca pudieron ser comprendidos a cabalidad y fueron motivo de juicio y crítica. A los autores que citaré acá para tratar estos temas me he referido en otras partes de esta historia, donde puede buscarse el relato de sus avatares y testimonios, incluidas las distintas formas que los distinguieron como hombres “blancos” en la caza y erradicación de esos animales. A partir de la desaparición de los bisontes, esto es, dos decenios antes de que terminara el siglo XI, comenzaron a escribirse versiones más documentadas sobre los pueblos indígenas del norte de América, que han tratado de reconstruir el discurso que refiere su visión del mundo, en general, y en particular todos los significados que daban a la cacería de los bisontes, que hacían por necesidad y para aprovechar todas sus partes. Todos esos intereses, que pueden ser militares, científicos, académicos o literarios, han propiciado ahora un conocimiento más completo sobre los bisontes y sus hábitos y sobre su historia, en especial la que estaba en estrecha relación con los pueblos originarios que por milenios tuvieron en esos animales su más preciado sustento material y espiritual, tal como ya podemos apreciarlo en las primeras crónicas, a pesar de su desdén.

En las primeras décadas del siglo XVII fray Alonso de Benavides, quien anduvo evangelizando por el nuevo México, describió el método de caza de los “pachos Vaqueros”. Contó que iban con cautela a los abrevaderos a los que inevitablemente llegaban las manadas de

bisontes, y se escondían acostados en las vereda “embijados y teñidos con lodo”, flechando al ganado que pasaba ante ellos.⁸⁵

Con respecto al modo de los illinois de conseguirlos, el monje recoleto Louis Hennepin escribió que cuando ellos descubrían una manada se juntaban en gran número y prendían fuego a las hierbas que estaban alrededor de los animales, dejando libres otros pastos detrás de los que se escondían con sus arcos y sus flechas esperando a que pasaran los que huían de la lumbre para matarlo, que llegaban a ser, a veces, hasta 100 o 120 en un solo día. Depués, continúa Hennepin, “triumfantes de la matanza y muerte de tantos animales”, avisaban a sus mujeres para que buscaran la carne y las llevaran a las aldeas.⁸⁶

En el diario que escribió sobre su periplo por Texas, que tuvo lugar entre 1684 y 1687 acompañando la expedición del caballero de La Salle, el francés J. M. Joutel narró la manera de prender bisontes por parte de una de las varias naciones de “salvajes” que pudo observar en su agitado viaje. “Usan –dijo– de la industria de meterse hasta la frente las cabezas de los animales que van a cazar, y los imitan con tal perfección, que se les acercan y no hay golpe perdido”.⁸⁷ Días después, contó que los guerreros y los jóvenes de esa nación se reunieron un día para danzar, ataviados bellamente, alguno con plumajes de colores y otros “con cuernos de toro”, pintado su cuerpo de color negro o encarnado, con lo que, según Joutel, “representaban una partida de diablos o de monstruos, bajo cuyas figuras bailaron como las otras naciones”.⁸⁸

Sobre su experiencia en lo que es hoy el estado de Arkansas, que Joutel llamó el país de los illinois, anotó una ceremonia que hacían “los salvajes” antes de preparar la carne de los bisontes a los que habían dado muerte. Adornaban la cabeza de estos, con plumas de cisne y avutarda teñida de encarnado y llenaban con tabaco su nariz, “los garrones” de los pies y el espacio de la lengua –que extraían una vez desollado el animal– para, finalmente, ofrendar trozos de la carne, puestos en un travesaño sobre dos horquillas. Dejó testimonio, así mismo, de que los naturales hacían ayuno ciertos días, con

⁸⁵ Alonso de Benavides, *op. cit.*

⁸⁶ L. Hennepin, *op. cit.*

⁸⁷ M. T. Joutel, *op. cit.*

⁸⁸ *Ibid.*, p. 137.

objeto de poder dar muerte a los “toros” y obtener buena caza. Para ello, se untaban la cara, los brazos y otras partes del cuerpo “con tierra glutinosa o carbón molido” y era hasta las diez u once de la noche, después de lavarse, que tomaban algún alimento.⁸⁹

Entre los asinai o texas, según el padre Casañas en un informe de 1691, el chamán, llamado por ellos *Xinesi*, hacía una ofrenda en su casa a la que invitaba a los anciano, para que, entre otras cosas, los hombres tuvieran rapidez en la caza de bisonte y de venado. La preparaba con una mezcla de tabaco y grasa del corazón de un cíbolo, cuyo incienso era brindado “a dos niños que habían venido del otro lado del cielo” y que predecían bienestar o padecimientos. El humo era obtenido por los carbones encendido que se agregaban al compue to, que el chamán tomaba del fuego perenne que cuidaba día y noche en su morada. Para esos indios eran tan importante los cíbolos, que no les importaba hacer cuatro días de camino para encontrarlos, aunque tuvieran que hacer la guerra a otros grupo.

Por eso, dice el padre Casañas, siete u ocho días antes de salir, cantaban, bailaban y “ofrecían a Dios carne, maíz, arcos, flechas, tabaco, manteca del corazón de las síbolas [*sic*], pidiendo... mucha muerte de sus enemigos, fuerza para pelear, ligereza para correr y valor para re istir”. El baile lo hacían delante de “un palo” del que colgaban la ofrenda, además del que había un fuego encendido cuidado por un chamán “que parece un demonio”, encargado de echar manteca de cíbola y tabaco a la lumbre para que se produjera “el incienso para Dios” y para los danzantes, quienes tomaban de él con sus manos y lo untaban en todo su cuerpo. Otro baile era para pedir distinta cosas ya sea “al fuego, al aire, al agua, al maíz, a las síbolas [*sic*] y a los venados”, e pecialmente a estos dos últimos, para que no se resistieran a ser apre ado.⁹⁰

El británico traficante de piel John Long, quien anduvo por Montreal y el lago Superior hacia 1768, después de haberse referido a su flete de cueros, decidió contar a sus lectores cómo es que los aborígenes monteaban a los osos y a los bisontes. Tan importantes eran los egundos que apuntó que no tenía que describirlos, aunque sí dijo que eran “animales de una fuerza extraordinaria”. Transmitió el secreto de los indios para atraparlo : no tirar nunca a su cabeza

⁸⁹ *Ibid.*, p. 140-141.

⁹⁰ Francisco Casañas de Jesús María, *op. cit.*

“que era a prueba de balas”, sino dirigir “sus golpes al corazón”. Dado que las naciones del norte organizaban cacerías invernales, se refirió al método que varios grupos empleaban en áreas nevadas, lo que prueba que no todos los bisontes bajaban a buscar climas y pastos más cálidos en los meses de frío. Escribió que una vez que detectaban su ruta con truían a lo largo del camino una serie de cabañas de nieve, en las que se apostaba tendido un hombre armado con arco y flechas, de donde podía disparar al paso de los animales y en el instante en que caían, “los acababan a golpes de *tomahawk*”.⁹¹ A pesar de conocer los rifles, preferían el uso de las flechas, para no espantar al resto de la manada con las balas o la pólvora. Finalizaba apuntando al respecto que a causa de la nieve los “búfalos” no podían detectar el “olor fuerte y penetrante de los indios”.⁹²

Las costumbres de la caza de bisontes entre los comanches, fueron descritas por el militar británico Arthur Wavel. Según él, los seguían hacia el norte durante el verano, donde pastaban en las llanuras que estaban entre los manantiales del río Rojo, del Arkansas, del Bravo y del Misouri, y hacia el Sur durante el invierno, hasta la frontera con Coahuila. Recorrían en primavera y en otoño el distrito montañoso de San Sabá, donde dejaban a sus familias mientras salían de cacería. Señaló que los de esa nación tenían tres maneras de cazar a los “búfalos o bisontes”, siendo el más generalizado con arco y flecha y montados en cuacos muy entrenados que les daban alcance “por el flanco derecho”. Los dos restantes los empleaban sólo algunas veces, como la persecución a caballo por el lado izquierdo del animal, hiriendo a este “con un hierro agudo en forma de media luna en el tendón de la pata derecha” y la muerte con rifles.⁹³

El príncipe alemán Alejandro Maximiliano de Wied-Neuwied y el pintor suizo Karl Bodmer, de visita en las Grandes Planicies entre los años de 1832 y 1834, se interesaron también por los aspectos rituales en relación con la cacería de bisontes. Dejaron testimonios de la creencia entre los mandan de un paraíso de esos animales donde residía el espíritu del Gran Bisonte, al que, en danzas rituales prolongadas, y ataviados con sus cabezas, cueros y cuernos, le pedían

⁹¹ Hacha.

⁹² John Long, *op. cit.*, p. 114.

⁹³ A. Wavell, *op. cit.*, p. 748-752.

perdón por tener que alcanzarlos, al tiempo que le suplicaban que no faltara su proveeduría.⁹⁴

En sus pinturas, explicadas cada una con un escrito, el artista estadounidense George Catlin dejó uno de los más valiosos testimonios sobre las distintas maneras que emplearon los indios de varias regiones para atrapar a los bisontes y sus rituales a propósito, en ceremonias que, según él, eran similares cuando se preparaban para una guerra. Contó que las más de las veces cazaban montados en caballos pequeños, sin silla y sin brida, acercándose al bisonte para poder lanzarle la flecha o la lanza por la izquierda. Ataban un látigo a su muñeca derecha, mientras con esa mano sostenían una rienda que colgaba floja sobre el cuello del cuaco, pero que casi no usaban cuando estaban cerca de su presa. Con la mano siniestra tomaban con firmeza el arco y media docena de flechas, y se colocaban como a cuatro o cinco pasos del bisonte, tensaban la flecha en el arco y se ponían en la mejor postura para acertar el tiro, que hacían con la mano derecha, libre de la rienda.

Esas flechas así de paradas, tenían un efecto inmediato, porque solían dar en el corazón o en la zona cardíaca, por lo que eran suficientes una o dos para darles muerte. Guiando el caballo con su pierna, seguían, en cuestión de pocos minutos a “otro toros” a los que daban muerte de la misma forma para, finalmente, recuperar el ronzal, inclinados hacia adelante, pasándole a su montura rápida y suavemente la mano derecha sobre los ojos. Con respecto a la lanza –que definió como “igualmente útil y mortífera que el arco y las flechas”– estaba formada por una hoja de sílex o de acero y un asta de madera ligera, con la que se daba, de forma precisa, el golpe al corazón –“como el movimiento de la lengua de una culebra”– formando un ángulo recto con el lomo del caballo para no enredarla y extraviarla.⁹⁵

George Catlin estaba convencido de que el arco y la flecha eran mucho más eficaces que la mejor arma de fuego, porque incluso con varias balas adentro, el animal no caía, obligando al cazador a una persecución infructuosa o agotadora. Se familiarizó con el hecho de que, a galope e inclinados sobre el caballo, los indios reco-

⁹⁴ Christine Niederberger, “Tres años antes que se apague el sonido del tambor de Mato-Topé o el viaje del príncipe de Wied en el valle del Missouri: 1833-1834”, *op. cit.*, p. 517.

⁹⁵ Georges Catlin, *op. cit.*, p. 61-62 y 64.

gieran las flechas con las que habían atravesado los corazones de los bisontes. Asimismo, nombró y pintó los peligros y accidentes en la obtención de esos animales, los que heridos o perseguidos de cerca, atacaban furiosos al caballo y al jinete, girando súbitamente para recibir con los cuernos a ambos, quienes corrían el riesgo, si no de morir, al menos de quedar mutilados. La cacería también podía ser en grupos numerosos de 60 o 70 hombres, que, en ese caso, empleaban el método de cercar a manadas de 300 cabezas.⁹⁶ Con gran dramatismo reseñó y dibujó la lucha con la muerte por parte de los bisontes heridos y trabados por las flechas. Por un trecho y entre torrentes de sangre –apuntó– el animal avanzaba cojeando, en desequilibrio y resollando, para desplomarse sobre los cuartos traseros, “apoyado en las patas delanteras, noble y digno de lástima”, hasta que, después de un gemido profundo, caía “aceptando la muerte sin cocear ni luchar”.⁹⁷

Su amor y comprensión hacia la vida de los indios de las Praderas –incluidos los “búfalos”–, manifestado en varias ocasiones en sus múltiples escritos, no incluyó, ciertamente, a sus rituales de caza. En ese terreno expresó que se trataba de un pueblo “ignorante y supersticioso” que atribuía el éxito de la empresa a la estricta conducción de las danzas y los cantos dirigidos “al Gran Espíritu o a otros”, a los que pedían ayuda y prometían ofrecerles las mejores partes del animal obtenido. Escribió al respecto, y sin entender el intercambio de dones que los guiaba, que todas las tribus tenían canciones para conseguir cada animal, porque creían que el destino de éstos era guiado por un espíritu invisible al que los monteros se dirigían con sus voces “ensordecedoras” para aquietarlo. Además, señaló que en la mayoría de las tribus que cazaban bisontes en tiempos en que eran abundantes, tenían una o más cabezas de este animal –los cuernos y la piel– que se ponían los danzantes para cantar y bailar en círculo –con relevos– a lo largo de varios días, hasta que el chamán daba el permiso para iniciar la caza. Lo mismo hacían en épocas de carencia, hasta que sus vigías los informaban que habían regresado, o estaban cercanos.⁹⁸

Fue más específico al respecto dedicando un libro a la reseña de la ceremonia religiosa que los mandan del alto Missouri llamaban

⁹⁶ *Ibid.*, p. 70 y 77-78.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 100.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 74.

O-Kee-Pa –que él presenció durante varios días el año de 1832– para la que hacían abstinencia y sacrificios y decían determinadas oraciones. El rito tenía tres objetivos: celebrar que amainaron las aguas del diluvio; hacer la “danza de los búfalos” para asegurar por un año el alimento y, por último, llevar a cabo la iniciación de los jóvenes que llegaron a la edad adulta, los que, en distintas pruebas, debían demostrar su valor, su templanza y su fortaleza. En cuanto al segundo, que se hacía a cielo abierto, escribió que la danza le parecía “divertida y grotesca” y que fue bailada a lo largo de cuatro días, cuatro veces el primero, ocho el segundo, doce el tercero y dieciséis el último. Los danzantes eran ocho e iban desnudos, con el cuerpo pintado de rojo, negro y blanco, con la cara de un niño dibujada en sus abdómenes cuya boca era el ombligo, y revestidos hacia la espalda con “pieles enteras” de bisontes. De dos en dos se colocaban en los cuatro puntos cardinales y bailaban con el cuerpo casi en posición horizontal, para imitar el movimiento y la destreza de esos animales.⁹⁹

Catlin fue testigo de la triste transformación que se dio entre los indios a partir del contacto con los colonos y en cuanto a esto dijo que también “se habían visto impulsados a matar a esos nobles animales sólo por obtener su piel”, con las que hacían grandes cantidades de abrigo y mantos que “vendían a los blancos” a cambio de ron y whisky. De esto se acordó cuando narra los pormenores de la cacería de bisontes durante un invierno y en escenarios nevados, donde, según él, era más fácil cazarlos, porque su enorme peso los hundía y atascaba, mientras los aborígenes usaban para ellos raquetas que los aguantaban muy bien en la superficie.¹⁰⁰

La revista *Harper's New Monthly Magazine* dio a conocer en enero de 1869, en el artículo “The Buffalo Range” de Theodore R. Davis, la antigua costumbre de algunos indígenas de la región de Kansas que perseguían a las manadas hasta hacerlas caer desde altas quebradas. Para ellos eran mataderos naturales, que dejaron de usarse conforme se generalizó el uso de los caballos para perseguir a las presas. Entre otras xilografías publicó una que mostraba los lugares estrecho y peligroso donde las manadas buscaban agua, y otra señalando la persecución y la caída. Esta la tituló “Aguas hediondas”,

⁹⁹ Georges Catlin, *O-Kee-Pa a religious ceremony and other customs of the Mandans*, New Haven and London, Yale University Press, 1967, p. 46-47 y 55.

¹⁰⁰ G. Catlin, *op. cit.*, p. 97.

por la enorme cantidad de restos de bisontes que quedaban atrapados en el lodo.¹⁰¹

Pocos años antes de finalizar el siglo XIX y ante la realidad del exterminio de los bisontes americanos, el naturalista estadounidense George Bird Grinnell dio a sus lectores, y para la historia de esos animales, datos de gran valor para entender por qué, en tanto “otón vital”, fueron venerados por casi todas las tribus indias de la planicie, convirtiéndolos en parte fundamental de sus ceremonias no profanas. Muchas de sus páginas están dedicadas a describir los diferentes métodos para cazarlos. De los pawnee recordó que ellos mismos sostenían que adoraban “a nuestro Padre a través del maíz y del búfalo” y trajo a cuento la respuesta de los blackfeet, quienes nombraban inmediatamente al “búfalo” cuando se les preguntaba cuál de todos los animales era el más sagrado.¹⁰² Para Grinnell no había mayor deleite que de cibir a los indios en sus cacerías, con sus “arcos vibrantes y sus flechas filosas”, fundido su cuerpo con el del caballo “como si ambos fueran parte de un animal incomparable”, acoplados a cada movimiento. Pudo, asimismo, constatar en persona, lo que era “la gracia innata”, la “habilidad, la velocidad y ligereza sin hacer casi ruido”, y el buen manejo de las monturas, que no dudó en calificar como “espléndidos ponis”.¹⁰³

Dedicó también varios párrafos a “las capturas por mayor” que llevaban a cabo las naciones blackfeet,¹⁰⁴ plain crees, gros ventres de la Pradera, sarcee, snake, crow, y algunas tribus dakota, quienes conducían a los bisontes a peñascos o lugares altos desde donde los hacían caer, matando, o al menos lastimando bastante a manadas completas. Entre las naciones cheyenne y arapaho, por ejemplo, los animales eran dirigidos a corrales en las praderas, mientras aricara, mandan, gros ventre de la villa, omaha, otoa, pawnee y también algunos blackfeet, rodeaban a los hatos en grandes círculos de muchos hombres que les impedían el paso, los asustaban para que empezaran a correr dando vueltas y una vez fatigados los ejecutaban con facilidad.¹⁰⁵ Por último, no pudo evitar hacer mención de algu-

¹⁰¹ Theodore R. Davis, *op. cit.*, p. 158.

¹⁰² George Bird Ginnell, “El último buffalo (1892)”, en Silvia Juárez García, *EUA, Documentos de su historia socioeconómica III*, v. 6, México, Instituto Mora, 1988, p. 380.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 376.

¹⁰⁴ La literatura etnográfica los llama blackfoot.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 381.

nas proezas de los indios cazando bisontes, que ya eran leyenda entre los “americanos”, como las variadas veces en que “atravesaron a dos búfalos con una flecha”, o la repetida y muy gustada historia de cuando el cheyenne *Big Ribs*, se acercó con su caballo a un enorme “toro”, saltó sobre su lomo, lo montó durante un pequeño tramo, y le hundió el cuchillo, asestándole una puñalada mortal.¹⁰⁶

Los indígenas norteamericanos no se resignaron tan fácilmente a la pérdida de su armónico mundo ancestral. Entre los kiowa, por ejemplo, de de el año de 1881, uno de sus guías prometió volver a traer al bisonte, si se unían a él en resistencia contra los “blancos” y retomaban sus antiguas costumbres. Seis años después, durante el invierno de 1887-1888, fue revivida esta profecía a partir de que uno de ellos tuvo una revelación que lo llevó a continuar con el movimiento iniciado años antes. Organizó, junto con 30 miembros de su comunidad, la Orden de los Hijos del Sol, que se oponían a comer peyote, costumbre a la que se habían iniciado hacía un poco más de cinco años, se vestían con sus mejores gamuzas y plumas, entonaban cantos de guerra y danzaban y fumaban la Pipa Sagrada.

Entre ellos fue distribuido un nuevo fuego, encendido por frotamiento, y su líder anunció que para la primavera, cuando todos estuvieran reunidos y a salvo en Elk Creek, un gran torbellino, seguido de un incendio de cuatro días en la pradera, “destruiría a los blancos y a toda su obra, restauraría al bisonte, e impondría la tradicional vida de los indios”.¹⁰⁷ Como un funesto presagio, y a pesar del enorme peso de esa esperanza, la catástrofe anunciada nunca se produjo, perdiéndose la fe en los que prometían paraísos, del todo ajenos al triunfante y riesgoso juego de la individualidad, la propiedad privada y las ganancias abundantes y fáciles prolijadas a costa de la destrucción del que por milenios había funcionado, a pesar de las sequías y otros fenómenos naturales, como un ecosistema en equilibrio.

Fue hasta el decenio de los sesenta del siglo XX que se tuvo un conocimiento más preciso de las naciones indias que estuvieron en estrecho contacto con los bisontes. Es el caso de la investigación del biólogo estadounidense Tom Mc Hugh, dada a conocer en un libro titulado *The time of the Buffalo*, donde, entre otras muchas cosas im-

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 385.

¹⁰⁷ Weston La Barre, *El culto del peyote*, México, Premiá Editora, 1987, p. 102.

portantes que he citado a lo largo de este libro, podemos acercarnos al mundo ritual de los grupos nativos. En primer lugar, se refirió a los “asentados” en “la mitad oeste de las tierras de los pa to”: arapaho, assiniboin, blackfoot, cheyenne, comanche, crow, gros ventre, kiowa-apache, sarsi y teton sioux; en segundo, a la 14 tribu nómadas estacionales de la mitad este: arikara, hidatsa, iowa, kansas, mandan, missouri, omaha, osage, oto, pawnee, ponca, santee sioux, yankton sioux y wichita; en tercer pue to, a los que vivían en los linderos del área cultural de las llanuras, pero cuyo principal alimento era el bison: plains cree, plains ojibwa, shoshone, caddo y quapaw y, por último, a otras lejana tribus, inevitablemente “cazadora de búfalos”: kutenai y flathead, que sostuvieron los peores conflictos, sobre todo con los blackfoot que, a su modo, controlaban parte de los extensos dominios del necesario animal.¹⁰⁸

Mc Hugh estudió algunos de sus mitos y leyenda para ostener, igual que Grinnell, que el bison fue “la más sagrada de las creaturas salvajes y una potente fuerza de la naturaleza”, presente en muchas de sus prácticas religiosa y en sus rituales y señaló, además, que funcionó como un símbolo –en términos generales y con variantes entre cada tribu– de la castidad, la fertilidad, la buena caza, los ritos funerarios, los poderes para la guerra y los poderes de los chamanes en sus ceremonias propiciatorias y de curación.¹⁰⁹

Los estudios etnográficos en los años noventa nos acercaron aún más al mundo sacro de los indios de las planicies, en relación, por supuesto, con los bisontes, que eran para todos ellos de origen subterráneo. Los relatos mitológico, los históricos y los mapas terrestres y celestes de muchas tribus quedaron pintado en pieles de esos animales finamente trabajadas.¹¹⁰ según John Epe Brown, conocedor de las tradiciones de los oglala-sioux –hablantes de la lengua lakota–, “el bison representa la tierra”, y por tanto, “la totalidad de todo cuanto existe”. Es, pues, “el principio terrestre femenino y creador, que da origen a todas las formas vivientes”. Fue del mismo Alce Negro que recogió el sentido que para ellos tenía el acto de cazar: era “una búsqueda de la verdad última a lo largo de toda una vida”. Para

¹⁰⁸ Tom Mc Hugh, *op. cit.*, p. 10 y 11.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 115-133.

¹¹⁰ Mark Warhus, *Another America: Native American Maps and the history of our land*, New York, Thomas Dunne Book, 1997.

este jefe el animal cazado era poder sagrado y al seguir sus huellas se entraba en el camino del poder, que se obtenía con la muerte del animal.¹¹¹ Ese buscar requería oraciones preparatorias, purificaciones sacrificiales, seguimiento de las huellas que eran indicios de la meta, y, por último, el contacto final, o identidad con la presa, que marcaba la realización de la verdad, la meta última de la vida.

Cada una de las partes del bisonte, dice Brown, representaba algún aspecto de lo agrado, independientemente del contexto en que eran usadas. Desde muchos milenios antes de ser corrompidos por la avaricia impuesta por los “blancos”, “empleaban con mucha eficacia todo el animal en su dieta y en sus necesidades diarias, repugnándole el despilfarro de los cazadores”, que sólo tomaban la lengua y la piel. Después del bisonte, buscaban al ciervo, si bien consideraban que el primero, al que ellos llamaban *tatanka*, era “el jefe de todos los animales”.¹¹²

El comportamiento de los bisontes, a su vez, regulaba los valores de su propia cultura: el cuidado mostrado con sus crías; el papel dominante y matriarcal de la hembra vieja; el cariño de las hembras por los becerros huérfanos –a los que lamían tanto, que hacían de sus pieles las más sedosas y codiciadas–; y, entre otras cosas, la generosidad de la tierra, que daba la “inagotable” producción de bisontes.¹¹³ Por lo tanto, el oglala veía en ellos el principio Madre y Tierra, que produjo a todos juntos, que los mantenía, y, finalmente, que los volvía a absorber. Dado que la Mujer-Búfala-Blanca –que les dio la Pipa Sagrada– simbolizaba los valores de pureza y feminidad, el bisonte era, asimismo, fundamental en los ritos de conagración de la jóvenes que devenían en mujeres. Brown recoge incluso la creencia en un “Dio bisonte” que era el patrono de “la castidad, la fecundidad, la laboriosidad y la hospitalidad” –virtudes deseadas para todas las féminas– al que ellas le ofrecían la primera menstruación. Por último, en cuanto a los poderes mágicos, sobre ellos se alían la fuerza, el valor, la persistencia, la defensa, la invulnerabilidad, la potencia sexual sobre las hembras, y no en vano los jefes oglala tomaban su apelativo de esos respetados animales: Bisonte Blanco,

¹¹¹ Joseph Epes Brown, *Animales del alma. Animales sagrados de los Oglala-Sioux*, Barcelona, José Olañeta, editor, 1994, p. 23 y 39.

¹¹² *Ibid.*, p. 30-35.

¹¹³ *Ibid.*, p. 42-43.

Bisonte Chico, Bisonte Erguido, Vaca agrada, Toro Bueno, Toro egro, Cuerno de Bisonte, Toro, y, entre otros mucho, Hombre Vaca Blanca.¹¹⁴

En *El mito de la Mujer Búfalo Blanco y otros relatos*, Edward Sheriff Curtis, recoge una serie de entrevistas que llevó a cabo entre los años de 1905 y 1908 a los sioux-teton, confederación de siete tribus que se denominaban a sí mismos lakota. Su tradición, convertida en mito, señalaba que todas sus enseñanzas religiosa, sociales, ceremoniales y curativas, “eran leyes divinas reveladas por la Mujer Búfalo Blanco, en tanto mensajera del Gran Misterio”. Antes de su llegada solían ser un pueblo “sin conocimiento de cómo vivir o rendir culto”, y fue ella la que les enseñó a reverenciar al Gran Misterio y a crecer, hasta convertirse en un grupo humano próspero, poderoso, que castigaba la maldad, que cuidaba de sus enfermos y que, entre otras cosas, instruía a las muchachas en la pubertad. La Mujer Búfalo Blanco también les mostró las cinco grandes ceremonias que debían observar, dentro de las que estaba *Tatanka-Iowanpi* (“El canto del Búfalo”), para la petición, ofrenda y agradecimiento por ese sagrado alimento. Cuando lo dejó, de púe de cuatro días de indicaciones, “el pueblo corrió a ver que había sido de ella y solamente vio a una hembra blanca de búfalo trotando por la pradera”.

Los bisontes blancos son un tema muy interesante en la mitología de los indios y toca, además, a toda la historia de los bisontes. Hay versiones importante entre los moderno zoólogos, que sostienen que son extremadamente raros y que cuando se llegan a encontrar, están muy cuidados por la misma manada. Hay, asími mo, muchos testimonios de hombres “blancos” que los buscaron con ahínco durante años y nunca los vieron. Todos los que estuvieron en contacto verdadero con los habitantes originarios, como Catlin, Curtis, o Brown, por ejemplo, no pudieron dejar de mencionar, de una o de otra manera, a los “búfalos blancos”. Su piel era también codiciada por los cazadores y colonos, alimentando bastantes imaginarios en la época de las masacres y del tráfico de pieles. Como señala Harold P. Danz,¹¹⁵ si bien el bisonte blanco no tuvo la misma importancia religiosa y simbólica para todas las tribus, si se reconocía el valor de su piel en

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 97-98 y 157-159.

¹¹⁵ Harold P. Danz, *op. cit.*, p. 57.

el trueque o en el comercio, porque era usada en muchas ceremonias religiosas por los que hacían los ritos de curación.

La Mujer Búfalo Blanco legó a los lakota en custodia, como símbolo y a la vez objeto de esa devoción, un “bulto sagrado”, formado por una piel roja de bisonte que contenía en su interior varios objetos y que sólo se podía abrir en casos de extrema necesidad de la tribu.¹¹⁶ El elemento más importante de ese paquete, la “Sagrada Pipa del Becerro” –tenía tallado en su cañón un “búfalo joven”– fue encargada expresamente a un muchacho elegido, que abrió el camino a una prolija lista de custodios que la protegieron a lo largo del tiempo.¹¹⁷ Cuando Curtis entrevistó a Cabeza de Alce, jefe de los “San Arcs”, él era su guardián desde el año de 1876. Con ese nombre en francés se designaba a ese grupo lakota que, por simple generosidad, no marcaba sus flechas –una flecha rotulada permitía reconocer quién atravesó a tal o cual bisonte– para que todos pudieran beneficiarse con la carne de la caza. Fue Cabeza de Alce quien le refirió la historia de la Pipa Sagrada y la de la antigua dignidad y nobleza de los lakota, que ya no encontraba su verdadero sentido en esas reservaciones y que los indios norteamericanos aceptaron como alternativa ante la catástrofe que significó no tener más bisontes con que cantar a la vida y a los dones con los que los benefició el Gran Misterio.

Las dádivas

El que los indios tuvieran en los bisontes su principal y casi único mantenimiento no dejó de causar asombro a los “otros”, que entraron en contacto con ese mundo a partir del siglo XVI. El bisonte los proveía, incluso, con instrumentos de mucha utilidad para que no muriera el viejo ritual amoroso entre él y los humanos, que empezaba con su cacería y terminaba con su útil y gozosa explotación. Lo que más llamó la atención de los europeos fue el total aprovechamiento que los indios hacían de ellos. En esos escritos reconocían, aunque no siempre de forma explícita, al animal y a los que

¹¹⁶ El bulto contenía, además, tabaco, una pluma de águila moteada, el pellejo de un pájaro carpintero de cabeza roja, un rollo de pelo de bisonte y varias trenzas de hierba aromática.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 17-18, y 22-24.

hicieron posible ese total servicio. Fray Marcos de Ixtica, por ejemplo, estaba seguro de que “lo que labraban y adobaban tan bien esos cueros de vacas que venían de Cíbola”, eran hombres “de mucha pulicía”.¹¹⁸

Con las pieles no sólo fabricaban ropa, cobijas y casas en las que, en su superficie, retrataron con maestría grecas variada y animale sagrados. Eran, además, como una especie de “códice” donde registraron su tiempo y su espacio. Ahí dibujaban mapas, llevaban el cómputo del calendario invernal en el que realizaban las más importantes cacerías, hacían cuentas y, entre otras cosas, pintaron relatos gráficos de guerras, de caza de bisontes y venado, de sus danzas invocatorias, de sus atavíos y armas, de su vida doméstica, de sus caballos,¹¹⁹ y, por supuesto, trazaron infinitas veces al Sol y al animal de animales, que hacía posible su conexión con el mundo visible e invisible.

A punto de terminar el siglo XVI, el maese de campo Vicente Zaldívar, sargento mayor de las huestes del conquistador de Nuevo México, Juan de Oñate, describió deslumbrado una ranchería con 50 tiendas, hechas, expresó, “con cueros adobados colorado y blanco, ... redondas, ... tan curiosa como en Italia, y tan grande, que en las muy ordinarias cabían cuatro colchones”. Con respecto a la calidad de las pieles transmitió su admiración al nombrar “cosa maravillosa” el hecho de que aunque lloviera a cántaros el agua no las traspasaba ni endurecía el cuero, que una vez seco, quedaba tan blando y tratable como antes. También, de paso, le parecía notable que tuvieran perros que “le servían de mulas”, atados en grande recuas “por los pechuelos y anquillas”, en las que transportaban pesadas cargas de pieles, tiendas y utensilios.¹²⁰

En los primeros decenios del siglo XVII, fray Alonso de Benavides se refirió a “los pellejos de cíbola” y a las dos maneras como lo los indios de Nuevo México los adobaban, fuera con todo el pelo que, dijo, “queda como un terciopelo de felpa”, o sin aquél, dejándolas más adelgazadas. En especial, mencionó que de los pellejos de las terneras “se aforaban ropas como si fueran de marta” y no dejó de apuntar

¹¹⁸ Fray Marcos de Ixtica, *op. cit.*, p. 87.

¹¹⁹ En el libro *Animales del alma*, de Joseph Epes Brown, se muestran varias fotografías de pieles, que contienen alguna de esa información.

¹²⁰ AGI, Patronato 22 R13 (9), “Relación de las jornadas de las vacas de Zibola que hizo el sargento mayor Vicente Zaldívar Mendoza a quince de diciembre de 1598”.

que los españoles convirtieron esos cueros en su principal vestido y beneficio.¹²¹

El secreto sobre la fineza y clase que daban los habitantes originarios a las pieles de los bisontes estaba, según registró fray Antonio Tello a mediados del siglo XVII, en adobarlas con los mismos sesos de esos animales, que con paciencia untaban una y otra vez hasta lograr la consistencia deseada.¹²²

Hay testimonios, asimismo, de lo que sucedía en territorio de los illinoi —en la Luisiana— cuando estaba por terminar el siglo XVII. Allí, según contó el recoleto Hennepin, eran “las mujeres alvajes” las que hilaban en la rueca la lana de “esos toros” y hacían costales con las pieles para transportar la carne secada al sol.¹²³ Cincuenta años después y en esa misma región, el capitán Bossú, enfermo y cansado, se hizo conducir por los naturales, en una piel “de buey” en forma de hamaca, cargada en un grueso bastón “como si fuera una litera”.¹²⁴ Describió, sobre todo, que con la lana los indios hacían colchones; con el sebo, candelas; con los nervios, cuerdas de arco; y, finalmente, con los cuernos, cucharas y cornetas para la caza.¹²⁵ Lo que más gustaba a los francófonos, y en general a todos los europeos, era que las pieles de bisonte adobadas por “los alvajes” fueran a un tiempo calientes y ligeras,¹²⁶ y mucho más suaves que las de venado, o las gamuzas tratadas en el Viejo Mundo.

Para el franciscano Agustín de Morfi, quien recorrió Texas hacia 1777, eran los lipanes, entre todos los habitantes de la zona de frontera con la Nueva España, los que mejor las curtían y beneficiaban, convirtiéndola, según él, en las más hermosas.¹²⁷ Varias décadas después, en el informe de un militar británico sobre esa tierra texana, no pudo faltar la alabanza del método de los comanches para dejar las pieles de “búfalo” flexibles, al tiempo que estaban pintadas artísticamente con figuras y colores durables. Señaló, asimismo, el aprecio que todo viajero en trineo sobre nieve o hielo tenía por las mantas bisontinas cubiertas de sedoso pelo.¹²⁸

¹²¹ Fray Alonso de Benavides, *op. cit.*, p. 43-45.

¹²² Fray Antonio Tello, *op. cit.*, p. 432.

¹²³ Biblioteca Nacional de Madrid, Sala Cervantes, MS 3179. Luis Hennepin, *op. cit.*

¹²⁴ Jean Bernard Bossu, *op. cit.*, I, p. 137.

¹²⁵ *Ibid.*, II, p. 124.

¹²⁶ Le Page du Pratz, *op. cit.*, p. 68.

¹²⁷ Fray Juan Agustín de Morfi, *op. cit.*, 1777-78, p. 312.

¹²⁸ Arthur Wavell, *op. cit.*, p. 748-749.

El príncipe alemán Alejandro Maximiliano de Wied-Neuwied recaló el hermoso trabajo de las pieles y la elegancia con la que los nativos se vestían con ellas, adornaban sus habitaciones, hacían sus trajes de ceremonia y fabricaban sus tiendas. Alabó su deliciosa carne asada acompañada de bayas silvestres y, entre otras muchas cosas, los azadones hechos con los huesos de su omóplato. El príncipe, además, recibió como regalo del jefe mandan, llamado Mato Topé, un hermoso abrigo de piel de bisonte.¹²⁹

Pensaba el pintor George Catlin que las ropas más bellas y elegantes eran las de los *crow* y los *blackfeet*. Contó que para tratar las pieles de bisonte las sumergían algunos días en una mezcla hecha de cenizas y agua que les removía el pelo; luego las tensaban sobre un armazón o sobre el suelo, con estacas clavadas en las orillas y, en seguida, las curaban durante varios días, por arriba y por abajo con los sesos del mismo animal. Como ellos no acostumbraban teñirlas, quedaban, dijo, “delicadas y blanqueadas”.¹³⁰

Muchas de sus pinturas se refirieron a los productos del bisonte, en especial a sus pieles, que registró en numerosos atuendos y en *tipies*, que se convirtieron en elementos fundamentales y repetidos de su temática. Vemos en éstas que no sólo admiró a los indígenas, sino que de estos aprendió a conocer, respetar y amar al que Catlin llamó “búfalo americano”. Importante también fue su impresión sobre diversos secretos que los indios obtenían de los “búfalos”, según pudo apreciarlo en las largas temporadas que convivió entre distintas naciones. Por ejemplo, degustó, entre otras cosas, el delicioso tuétano que extraían de los huesos de las patas, igualándolo con “la mejor de las mantequillas”; mencionó los variados usos de los tendones, sobre todo para elaborar las cuerdas de los arcos; conoció los arzones de las sillas de montar, que hacían con los huesos de sus espaldas; utilizó, por último, el pegamento o cola que se extraía hirviendo sus pezuñas, tan útil, sobre todo, en la construcción de sus armas.¹³¹

De las pocas referencias a la vida de los soldados mexicanos en los presidios de la frontera norte y del usufructo que tuvieron con los bisontes, destaca la de Manuel Payno, viajero por Texas hacia

¹²⁹ Christine Niederberger, *op. cit.*

¹³⁰ George Catlin, *op. cit.*, p. 121.

¹³¹ Georges Catlin, *op. cit.*, p. 98.

1845. Pensaba este autor que la cacería de cíbolos era una actividad que, además de ser propia de hombres que vivían en el desierto, los proveía de los artículos más indispensables para la vida diaria. Contó cómo se auxiliaban con gentes de las naciones indias con las que tenían tratados de amistad, de las que aprendieron a perseguir, “herir” y tratar la piel de los cíbolos. Mencionó la delicadeza del sabor de la lengua de éstos, que definió como “manjar delicioso”, además de añadir lo que ya se sabía en cuanto a que su manteca se usaba comúnmente para alimento y fabricación de vela. También proporcionó un dato novedoso para toda esta historia: que con el sebo los indios hacían pomada, con la cual –según le dijeron a Payno– el cabello crecía y se conservaba “en un estado brillante de hermosura”.¹³²

Otros usos del bisonte los reportó el multifacético George Bird Grinnell hacia 1892. Para él, los mejores abrigos “contra los fuertes vientos que cruzan las planicies” eran los de “búfalo” y, entre otras cosas, alabó su “bosta o estiércol”, compuesta de los tallos gruesos pulverizados del pasto, que se convertían en un excelente combustible. Las cañas, con truidas con los cueros, le merecieron el calificativo de ser “los refugios portátiles más cálidos y cómodos que jamás se hayan ideado”. Detalló las distintas maneras que los indios tenían de trenzar la piel y el pelo para hacer cuerdas, mecates y todos los arreos de montar. Mencionó la utilización de los cueros crudos, fuera como calderas para hervir la carne, o bien tirados en arzones de ramas, que servían para construir balsas con que atravesar los ríos, al tiempo que, con la piel del vientre, transportaban el agua. Se refirió, igualmente, al uso de escudos rugosos hechos con la piel de los pescuezos, capaces de detener lanzas, flechas, e incluso balas “de una pistola antigua de ánima lisa”. Con las pieles curtidas, agregó, hacían alforjas y estuches de todo tipo, y no dejó de enumerar diversos empleos de cada hueso, de los que obtenían instrumentos para preparar los cueros, correderas para sus trineos, azadones y hachas. En cuanto al pelo, dijo que los cojines de sus casas estaban rellenos con él, mientras que las largas y negras barbas, adornaban sus vestidos y escudos de guerra. Por último, aludió al uso de los cuernos que, además de servir en la fabricación de cucharas de todo tamaño, estaba presente en el

¹³² Manuel Payno, *op. cit.*, p. 172-73.

atavío ritual,¹³³ invocador, por un lado, de una buena y provechosa caza y, por el otro, de un reconocido y eterno agradecimiento al Gran Espíritu por los bienes recibidos.

La antropología del siglo XX adicionó más conocimiento de las utilidades y aprecio obtenidos por los indios de los bisonte. Un conocedor de la nación oglala-sioux registró, además de todos los usos que he señalado, la confección de puntas de hueso, necesarias para extraer la sangre de los pacientes en los ritos curativo; las mortajas de los difuntos; algunos instrumentos musicales como sonaja y tambores; varios tipos de bolsas y petacas; cobija y moccasin, tanto para el verano como para el invierno; calzado para cazar en la nieve; pelotas; pelo postizo; pinceles; relleno para muñecas; aretes; pequeñas bolsas hechas con el revestimiento interior del corazón, y, finalmente, el empleo de la grasa de ese órgano, con el que sellaban la Pipa Sagrada¹³⁴ prendida, aspirada y compartida en sus ceremonias más significativas.

La sangre y la leche

Al asimilar a los bisonte con sus toros y vacas conocidos, los que colonizaron América, les atribuyeron las mismas leyendas e historias que se contaban en Europa, sobre todo a propósito de la creencia de que la sangre de los toros era letal. Se había guardado memoria sobre hombres valerosos o importantes que en la Antigüedad murieron por ingerirla, y el argumento se repitió en tratados médicos y en diversas historias, desde varios siglos antes de nuestra era hasta los albores del siglo XVIII. Para los hispanos que hicieron la conquista del Septentrión hubo mucha sorpresa al ver a los indios calmando su sed con la sangre caliente –e incluso fría y cruda– de los bisontes sin caer fulminados. Este asunto es interesante, además, por la liga no explícita, pero muy evidente, que tiene en la demonización con la que la cultura occidental permeó a toros y bisontes y a la que me he referido en otra parte.¹³⁵

En el siglo primero después de Cristo, Cayo Plinio el Viejo sostenía que así como había partes del toro que eran medicina, su san-

¹³³ George Bird Grinnell, *op. cit.*, p. 380-381.

¹³⁴ Joseph Epes Brown, *op. cit.*, p. 145-148.

¹³⁵ Ver "*Tanaha* o la viva imagen del demonio delicioso".

gre se contaba entre los venenos. En su *Historia Natural* leemos, a imi mo, que con respecto a la sangre de los animales “on más fuertes los que tienen la sangre más gruesa, más sabios los que más delgada, más temerosos los que menos tienen della, y botos los que no tienen ninguna. Cuájase y endurecese velocísimamente la de los toros, y por tanto, bebida, es venenosa y pestilencial”.¹³⁶ En esa misma centuria escribieron apoyando esta te is, entre otros, Dioscóride y Plutarco, este último, por cierto, reeditado y leído con éxito durante el siglo XVI.

Los hombres de la expedición de Vázquez de Coronado a uevo México, ocurrida entre 1540 y 1542, fueron los primeros en dar cuenta a sus autoridades de que los indios querechos y tejas comían la carne cruda y apuraban la sangre de los bisontes. Por ejemplo, el cronista de la expedición, Pedro de Castañeda, escribió, además, que vaciaban una gran tripa y la llenaban de angre “y echanla al cuello cuando tienen sed para beber”. Otro testimonio anónimo del mismo viaje dijo al resp cto que tomaban la sangre “an í como sale de las vacas, y otras veces después de salida fría y cruda”.¹³⁷ López de Gómara citó estas versiones en su *Historia General de Indias* y con gran a ombro narró que lo hombres de esas tierras se alimentaban principalmente con “los bueyes”, ingiriendo la sangre fría o “desatada en agua”, y también caliente, pero sin fallecer en el acto, “aunque –agregó– dicen los antiguo que mata como hizo a Empédocles y a otros”.¹³⁸ También mencionó el asunto Francisco Hernández en su *Historia de los animales de Nueva España* publicada un poco después de 1577, si bien él no hizo algún comentario en eguida de anotar que de los “toro salvajes” los habitantes comían cruda la carne, “bebiendo también la sangre”.¹³⁹

En España la convicción siguió vigente hasta, al menos, los últimos años de ese siglo XVII, como lo muestran las seis ediciones que tuvo entre 1620 y 1737 el libro de Baltasar de Vitoria, *Teatro de los dioses de la gentilidad*, donde su autor señaló que esa “filosofía” la

¹³⁶ *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo, trasladada y anotada por el Dr. Francisco Hernández*, v. 1, p. 418, y v. 2, p. 136.

¹³⁷ Pedro de Castañeda, *La Relación de las Jornadas de Cibola*, en Carmen de Mora, *op. cit.*, p. 127-128, y Anónimo, *Relación postrera de Cibola y de más de cuatrocientas leguas adelante*, en Carmen de Mora, *op. cit.*, p. 352.

¹³⁸ Francisco López de Gómara, *op. cit.*, p. 288-289.

¹³⁹ Francisco Hernández, *op. cit.*, v. II, p. 313.

decía Aristóteles (siglo IV a. C.), y agregó la explicación de que llegando la sangre del toro al estómago, “se endurece y hace unos budoques y pedazos y causa pasmo y ahogamiento y cierra las vías vitales y espirituales y de eso mueren los que la beben”.¹⁴⁰ Vitoria, asimismo, dio crédito y reprodujo lo escrito por Plutarco, quien había señalado que uno de los afectados por tomarla fue Midas, el rey de Frigia (quien vivió entre el siglo octavo y el séptimo antes de nuestra era). Este monarca, sintiéndose muy enfermo, y fatigado por “su melancolías [e] imaginacione”, consumió un vaso con sangre de toro acabado de degollar “y en bebiéndola, luego murió”. A continuación, refirió el suceso contado asimismo por Plutarco (que habría tenido lugar entre los siglos sexto y quinto antes de Cristo) que rememoraba al griego Temístocles quien, de terrado de su patria, estuvo a las órdenes del rey persa Xerxes, quien lo nombró capitán general de sus ejércitos. Cuando este decidió hacer la guerra a los atenienses, el primero, ante el dilema de “guardar ley a su señor”, o pelear contra sus compatriotas, sacrificó un toro por degüello, “se bebió la sangre y luego al punto murió”.¹⁴¹

Para el inglés Thomas Gage, quien publicó su opinión sobre las Indias Occidentales en 1648, igual que lo fue para Francisco Hernández, se trataba de un dato más que, en el caso del primero, completaba su maravillada descripción de los innumerables usos que tenía cada parte de los bisontes entre los indios, y a í dijo, por ejemplo, que “de sus pelos hacían hilos”, “de su sangre bebida”, y “de su carne alimento”.¹⁴² Es muy diferente la mención registrada pocos años después, en el mismo siglo XVII, por el franciscano de Guadalajara Antonio Tello, quien firmaba su crónica sobre Nuevo México hacia 1653. Ahí relató que las gente del lugar tomaban la sangre caliente de todo género, “como si fuese el mejor vino, sin tener asco, ni temor de que los mate”. Para apoyar lo dicho, citó a Plutarco, con la historia de “aquel griego”, a quien Xerxes “le mandó ir contra su patria”, y que prefirió matarse apurando la sangre de un toro. Tello contó igualmente sobre la cacería y el descuartizamiento de un bisonte que hicieron unos soldados ayudados por

¹⁴⁰ Baltasar de Vitoria, *Teatro de los dioses de la gentilidad. Primera Parte*, Barcelona, Imprenta de Juan Pablo Martí, por Francisco Barnola Impresor, 1702, p. 283.

¹⁴¹ *Ibid.* Hay autores contemporáneos que, confundidos con el relato de Temístocles y Xerxes, dicen que fue este último el que murió por ingerir la sangre de un toro.

¹⁴² Thomas Gage, *op. cit.*, p. 193-194.

unos indio , llamándole la atención que, estos últimos, una vez que sacaron las tripas, tomaron la sangre que había quedado en el cuerpo, “cogiéndola con do manos, como quien bebe agua de arroyo”.¹⁴³

Durante el siglo XVIII las crónicas de todo tipo de expedicionario ya no se interesaron en anotar la curiosidad morbosa sobre el hecho de que lo indios bebieran la sangre de los bi ontos sin pasar a mejor vida. Se habían ya desterrado las creencias que atribuían efectos malignos al vital líquido de los toros, aunque si persistió en esa centuria la identificación simbólica de bisontes y toros con el diablo. En los inicios del siglo XIX el barón de Humboldt, por ejemplo, y en tanto lector de López de Gómara, anotó que los habitantes del norte de América tomaban la sangre de su ganado originario. Desde su mundo científico ilustrado e to lo interpretó como un sustituto de la leche, ya que, dijo, no se tenía el hábito de su consumo.¹⁴⁴ Humboldt fue el único que mencionó a la leche de las hembras de bi onte. Desde los fracasados intentos del siglo XVI por meterlos en corrales y dominarlos, se intuyó que no sería posible ordeñarlas, de ahí que la nutriente leche no fue un tema que aludieran los cronistas que, de entrada, desconocían su gusto, además de sus beneficios y maleficios. Por su parte, lo indios, que no habían tenido necesidad de domesticar a los bisontes, tampoco la tenían en ordeñar a las hembras. Éstas, a diferencia de las vacas del ganado doméstico, tienen los pezones pequeño , diseñados únicamente para alimentar a sus crías con abundante leche, generalmente durante los dos primeros años de la vida de las crías.

Inclu o en nuestros días, en que se ha intentado con éxito revivir al bisonte para comercializar su carne y su piel, nadie menciona hacer nada semejante con la leche. Tal vez porque la sabia naturaleza la hizo más grasosa, con más calcio y más hierro y, sobre todo, más ácida que la de las vacas comunes, aspectos que la vuelven abominable a los sentidos del olfato, la vista y el gusto de los hombres, pero apetecible y útil para la enorme reproducción que un día llegó a alcanzar esta magnífica pecie.

¹⁴³ Fray Antonio Tello, *op. cit.*, p. 433.

¹⁴⁴ Alexander von Humboldt, *op. cit.*, p. 164.